

Consenso y unanimidad en el discernimiento espiritual en grupo

Jean-Guy Saint-Arnaud, sj.

En estas pocas páginas, quisiera, por decir así, discernir sobre el discernimiento, es decir interrogar y criticar ciertos métodos puestos como pretexto para conducir un discernimiento espiritual de grupo con el motivo de capítulos o de elecciones capitulares. Tengo aquí particularmente en cuenta los pasos de animación por consenso de Gaétan Renaud, y también las aproximaciones de Claude Viard y de Georgine Scarpino.

El problema de la unanimidad

El discernimiento espiritual, se sabe, desemboca normalmente en una decisión, una toma de posición, un compromiso¹. Como la decisión implica libertad y responsabilidad, es claro que esto nunca será fácil. Pero esto es particularmente verdadero cuando se trata de un discernimiento de grupo donde muchas libertades están puestas en juego y se intentan conjugar. Mucho más que un discernimiento tal, que además se quiere espiritual, parece exigir una decisión unánime. El Espíritu, en efecto, no se puede contradecir. Si es la voluntad de Dios la

¹ Conviene entender bien que la decisión no es pura y simplemente una conclusión del discernimiento; discernir y decidir son dos actos netamente distintos, como lo son la inferencia y el asentimiento; cf. Jean-Guy Saint-Arnaud, "Discernimiento y decisión". *Cahiers de Spiritualité Ignatienne* 74 (1995), pp. 137-144.

que se busca, no se ve muy bien cómo, sobre una misma pregunta, se podrían dar dos respuestas opuestas!. Todos deberían llegar a una misma conclusión. La verdad no es sólo una?. Con seguridad se aleja del Espíritu, de la voluntad de Dios, cuando un grupo se divide sobre una pregunta!. "Que vuestro sí sea un sí y vuestro no un no; lo que pasa de ahí es cosa del Malo" (Mt. 5, 37).

Otra manera de expresar este problema consiste en afirmar, como lo hace el P. Renaud, que la ley de la mayoría no debería intervenir en los discernimientos espirituales y que haría falta, por consiguiente impedir la utilización del voto para cerrar las deliberaciones y tomar decisiones.

Es peligroso que el Capítulo sea un ejercicio político más que un discernimiento en el Espíritu. Un medio de despolitizar un Capítulo es el de buscar la *unanimidad* antes que la mayoría, incluso absoluta.

Un voto de decisión de suyo puede dividirse. Hay ganadores y perdedores. 50.1% de los votos permite hacer prevalecer un voto de decisión. Los 49.9% que han perdido no están de acuerdo con el resultado del voto y por lo tanto están menos propensos a poner la decisión en práctica.

El método que propone el P. Renaud "evita todo voto de decisión". El único voto aceptable en la asamblea general es un voto que "ratifica el consenso ya presente en los grupos de trabajo"². El consenso no podría ser "un voto donde una minoría pierde ante una minoría que gana". Pero entonces, cómo hacer a lo largo del discernimiento espiritual, para evitar que la minoría ceda a la presión de la mayoría, sea por compromiso o simplemente por capitulación?. He ahí el problema, como diría Shakespeare!.

Un riesgo de ilusión

El problema del consenso planteado así no deja de presentar trampas. El P. Viard cae en la cuenta cuando reformula así la pregunta

² Parece haber contradicción aquí!. Por una parte, Gaétan Renaud afirma que "la Asamblea general es la instancia del Capítulo donde se toman las decisiones", lo que es justo, y, por otra parte, retira a la Asamblea general todo voto de decisión!. Entonces, dónde y cómo se toman las decisiones?.

en una sección de su texto titulado "un riesgo de ilusión" que conviene citar extensamente:

"La deliberación comunitaria puede desembocar en una decisión unánime, o 'debe' desembocar en tal decisión?. Convendría preguntarse si la unanimidad es el criterio necesario para una buena deliberación.

De hecho, plantear la cuestión en estos términos, es dar la impresión de tener un modelo que corre el riesgo de ser ilusorio y es suponer problemas muy fácilmente resueltos.

La unanimidad se vuelve un modelo ilusorio y peligroso cuando se hace de ella una receta segura y suficiente para tener éxito. Y cuando no resulta uno piensa que es porque ha aplicado mal la regla del juego. No es inútil subrayar el peligro de tal concepción que tiene sus bases en ideas generosas, pero que corre el riesgo de encerrar a un grupo en un collar de hierro estadístico, mientras que se pretende utilizar en un paso hacia la libertad espiritual. Ahora bien, un paso así debe evitar toda idea preconcebida, puesto que está abierta, por naturaleza, a cierto desconocido. En realidad, requiere de los participantes la libertad de expresión. Ahora bien, cierta obsesión de unanimidad tiene oportunidades de perjudicar la libertad, sin contar que puede inducir, quiera o no, a comportamientos capaces de presionar en un sentido o en otro. La voluntad puede ir en contra de la libertad de intervención del Espíritu que se pretende experimentar.

Además, hacer de la unanimidad una regla absoluta, es suponer demasiado rápido problemas resueltos. Simplemente se corre el riesgo, bajo capa de espiritualidad, de desdeñar la realidad de relaciones humanas en un grupo, de sus leyes y sus exigencias. La unanimidad de un grupo en ciertos momentos de su historia puede ser una equivocación. De todos modos, el acuerdo puede conquistarse en la negación demasiado fácil de lo que divide y que permanece. Es la ilusión de un buen entendimiento que quiere pasar al lado de tensiones reales o es también la búsqueda de una fusión inmediata en la euforia de la presión caliente. Todo esto se recubrirá fácilmente con solo acudir al Espíritu Santo o a un encargado de comunión eclesial. Se estará bien juntos, pero no en lo verdadero. ¿Caricatura, tal vez?. Pero conviene evitar ilusiones y no fugarse del camino verdadero de la unanimidad que no pasa por fingimientos. La vía que conduce al acuerdo experimentado por varias personas no dispensa

enfrentamientos, ni la conquista difícil de la verdad más allá de diferencias reconocidas y aceptadas por ser abordadas pero no suprimidas".

Efectivamente, el P. Renaud reintroduce por la ventana la indeseable mayoría que rechazaba. Su método por consenso no llega a deshacerse de la presión de la mayoría, puesto que tal método manda una decisión de "aceptar hacer concesiones", o de "quitarse".

La solución final bien puede no ser lo que yo hubiera deseado, pero puedo aceptarla y decido aceptarla como buena para mi congregación en las circunstancias presentes, y digna de mi perseverancia total.

La manera de llegar: dedicarle tiempo a eso; volver, en grupo, sobre la cuestión donde se expresan divergencias, buscar comprender lo que motiva estas divergencias, buscar entenderlas, esforzarse por encontrar un terreno de entendimiento, cambiar el punto de vista y modificar la posición. Dicho brevemente, se trata de un trabajo de negociación para llegar a un consenso. Si, por desgracia ("maldita sorpresa!") la búsqueda del consenso está bloqueada, el P. Renaud, a falta de algo mejor, sugiere que se repliegue sobre el Código Morin y a trabajarlo por más tiempo en grupo. ¿No se trata aquí de un entendimiento escondido de carácter ilusorio de su método? ¿Es necesario verdaderamente buscar a cualquier precio la unanimidad?. En el límite, los psicólogos podrían sospechar en este obstinamiento la búsqueda infructuosa en un mundo fusionado, sin falla, mundo de inmediatez y de potencia. La pregunta es: ¿la meta del discernimiento espiritual es la unanimidad o la voluntad de Dios?. Se tiene la impresión que la aproximación por consenso es un medio que llega a proponerse como un fin!. El error, decía Jean Guilton, consiste en hacer de un método un sistema. ¿No es este el caso?. Mucho más que el carácter espiritual del discernimiento —la búsqueda de la voluntad de Dios— aparece, en el texto de Gaétan Renaud, como algo añadido, superficial y accesorio. Vuelvo después sobre este punto. Para las elecciones capitulares, no hace más que seguir los pasos del P. Azevedo.

Más allá del consenso

En su artículo "Más allá del consenso". Georgine Scarpino constata, por su parte, que el énfasis hecho en el consenso y esfuerzo

de evacuar las diferencias, a todos los fines útiles, de disminuirlas y fundirlas, producen a largo plazo decisiones menos eficaces, "posiciones o políticas débiles o generales que son difícilmente aplicables". Eso desanima, cuando sobre todo, la realidad requiere decisiones específicas y concretas. Es evidente que todos pueden ponerse de acuerdo, por ejemplo sobre la necesidad de practicar la virtud, pero esta es una decisión tan extensa que tiene el gran riesgo de no tener ningún efecto ni impacto sobre el cotidiano vivir de las personas y del grupo.

Las respuestas que ofrecen Georgine Scarpino y Claude Viard al problema del consenso no son más satisfactorias, a mi modo de ver, que la de Gaétan Renaud. Como este último, Georgine Scarpino intenta, también ella, reducir las diferencias. Piensa hacerlo proponiendo un método que tiene cinco etapas, la SAST (*Strategic Assumption Surfacing and Testing Oricess*). El arranque de este método consiste (1) en discutir y acoger plenamente, las diferencias que se expresan sobre el sujeto sumiso al discernimiento, identificándolas. En un segundo tiempo (2), se trata de nombrar lo que hay detrás de las posiciones diferentes (las diversas asunciones) y lo que explican las diferencias. Estas "asunciones" que se oponen (3), son verificadas, evaluadas y comparadas, de modo que sean distribuidas según un orden de prioridad o de importancia. El cuarto tiempo (4) estará consagrado al debate sobre el respectivo valor de las diversas "asunciones" en presencia. En fin (5), es el tiempo de integrar y de sintetizar el trabajo de análisis. Es en esta etapa del proceso de decisión que se impone el *consenso*. Si son todavía elementos que resisten al consenso, es preciso seguir el proceso de análisis para llegar eventualmente a una selección o a una toma de posición.

El proceso SAST es concebido para ir más allá del consenso y hacer aparecer el juego de "asunciones" que sobrentienden una posición, para desarrollar un modo de actuar que sea la síntesis de diversas perspectivas inherentes a los problemas complejos y enredados.

La aproximación de Georgine Scarpino no difiere totalmente, a pesar de todo, de la de Gaétan Renaud. Los dos métodos buscan una vía hacia el consenso intentando, en el interior de la deliberación, suprimir, de una manera o de otra, las diferencias y las oposiciones, superándolas o reconciliándolas.

La unanimidad, una esperanza

El P. Viard, ubica el consenso en el horizonte de la deliberación, en el futuro. Rehusa hacer de la unanimidad el criterio de una deliberación lograda. Para él, la unanimidad es una esperanza, como lo indica el título de su artículo. Es "una perspectiva, una meta, un proyecto, pero el hecho de no llegar a alcanzarla de manera plena al final, no incrimina en nada el caminar del grupo". El consenso, ciertamente, se puede dar en un grupo, pero entonces será recibido como un don, un poco, creo, como una consolación sin causa precedente o como entrada de luz que, en el primer tiempo de elección, lleva consigo inmediatamente el asentimiento. Pero, ¿qué pasa cuando este tipo de consenso no se da o no se alcanza?. La unanimidad, según el P. Viard, permanece como una esperanza en el horizonte de la búsqueda.

El grupo está en camino y no puede ir más lejos. Pero lo que importa es que la meta de unanimidad sea el punto de partida para dirigir el comportamiento de cada uno.

La unanimidad es un proyecto y no un modelo dado por adelantado; lo que quiere decir que no se fingirá tener un acuerdo a cualquier precio —lo que, habíamos dicho, tiene el riesgo de enfermar el caminar y la palabra de cada uno- pero que se aceptará al final la ley de la mayoría, si es necesario —lo que precisamente debe liberar el caminar y la palabra de los unos y los otros.

El P. Viard termina sus reflexiones evocando la oración, el desprendimiento y la libertad interior ("la indiferencia") necesarias para el discernimiento espiritual y que deben, a partir de la persona, pasar y desarrollarse en el grupo. En esta perspectiva la búsqueda de unanimidad, dejando de ser una obsesión, podrá vivirse de manera fecunda y realista, como una esperanza que informa el caminar de cada uno en la empresa común.

Un consenso desde el inicio: buscar juntos la voluntad de Dios

Las técnicas o los métodos de Renaud, Scarpino (como el código Morin) no son negables; son preciosas y aun necesarias para guiar los análisis y los debates, pero son insuficientes, pienso, en el caso del discernimiento espiritual en grupo. El discernimiento espiritual se

caracteriza esencialmente, en las personas que se consagran a eso, por la intención de buscar, encontrar y hacer la voluntad de Dios. He aquí el objetivo en el corazón de la deliberación. No se trata de buscar tener razón, sino buscar la voluntad de Dios. Esta orientación inicial dirige toda la marcha del discernimiento, sea quien sea el sujeto sumiso a su ejercicio. No vacilo en decir que es el elemento más importante de todo el proceso, porque constituye la condición *sine qua non* para que la voluntad de Dios pueda manifestarse. Esta disposición está hecha, como lo evocaba el P. Viard, de reconocimiento, de libertad interior y de una gran pasión por el Señor. Ignacio la llama *indiferencia*, una palabra muy ambigua para nuestros contemporáneos; la palabra libertad interior dice bien de que se trata; despojado de sí, de sus intereses propios y apertura generosa, incondicional a todo lo desconocido que la voluntad de Dios puede llevarme a descubrir.

La indiferencia o la libertad de este tipo es previa a todo discernimiento personal y grupal. Es decir, si no se entiende bien su tenor, que no se debe buscar tanto el consenso en la deliberación, como lo quieren Renaud y Scarpino, ni después de la deliberación, según el P. Viard, como un objetivo, una esperanza. En la perspectiva del discernimiento espiritual, la unanimidad y el consenso deben hallarse desde el inicio, antes de toda deliberación. *Desde el inicio, cada una de las personas reunidas para discernir está de acuerdo para buscar la voluntad de Dios y no su propia voluntad.* Antes, incluso, de toda deliberación, acepta incondicionalmente la expresión de la voluntad de Dios que saldrá del discernimiento. Esta disposición de base permite ciertamente las divergencias y diferencias de opinión, no sólo expresarse, sino desempeñar su rol sin correr ningún riesgo de ser silenciadas por la presión de la mayoría, ni sacrificadas ante las exigencias de unanimidad cueste lo que cueste. Esto requiere explicaciones.

Digamos, desde el comienzo, que la negación de buscar tener razón para consagrarse entera e incondicionalmente a la acogida de la voluntad de Dios, ofrece un amparo sólido contra lo que Teresa de Ávila consideraba como la plaga de los capítulos, a saber, los puntos de honor, los comentarios entre bastidores, el cabildeo, las cábalas, las manipulaciones y maniobras ocultas de todo tipo donde cada quien hace valer sus intereses propios y trata de ganar. El compromiso de

guardar silencio en las pausas del capítulo (pausas de salud, comida, descanso) sobre lo que es presentado al discernimiento, se comprende en este contexto y se impone imperiosamente. Expresa la seriedad con la que se quiere evitar toda presión o toda influencia que no estaría sometida al Espíritu.

Centrados en la voluntad de Dios que todos desean encontrar, los miembros del grupo pueden expresarse verdaderamente y escucharse libre y totalmente. La indiferencia o la libertad interior en la que se encuentran quitan las diferencias que entonces pueden manifestar su carácter antagonista y amenazante. Las diferencias de puntos de vista y de opinión no ponen en peligro la unidad del grupo. Lejos de ser una fuente de división, constituirán pronto elementos de complementariedad y riquezas a acoger. Además, expresaron los matices del Espíritu en las decisiones que no tienen nada que ganar en ser unánimes.

Para entender mejor, imaginemos una situación concreta: un grupo apostólico (20 personas) se reúne en capítulo para pronunciarse sobre la propuesta de fundar un Centro de animación espiritual en un medio dado. Suponemos, al fin del discernimiento, dos resultados diferentes para compararlos. En el primer caso, 18 personas votan *sí*, 2 *no*; en el segundo caso 12 personas votan *sí*, 8 *no*. Según la regla de la mayoría, la propuesta es aceptada en los dos casos. Sin embargo, evidentemente, el primer voto positivo con 90% es muy diferente del de 60%. En los dos casos, verdaderamente hay decisión de ir adelante para establecer un Centro de animación espiritual, pero con muchas más precauciones en el segundo caso, donde el 40% de votos negativos aportan matices valiosos a la necesidad de actuar. Esos matices son tanto fruto del Espíritu acogido en el discernimiento como los sufragios positivos mayoritarios. Lo que dio el discernimiento espiritual es un *sí* matizado por *no*. No es nada provechoso el querer eliminar esos *no*, puesto que aclaran singularmente la puesta en práctica de la decisión. Así nos ofrecen la oportunidad de apegarnos más a la realidad, lo que no haría una decisión con unanimidad forzada borrando las diferencias. Una decisión unánime quedaría demasiado general para predominar sobre la realidad y respetar las condiciones concretas. Si no se tienen en cuenta los matices del Espíritu, es muy probable que la facilidad aparente suministrada por el consenso, se revelará, en la puesta en práctica de la decisión, si no totalmente estéril,

al menos fuertemente coartada por las mismas dificultades que intentaba escamotear. Entonces, importa acoger incondicionalmente los resultados de un discernimiento espiritual, en cuanto es verdaderamente la voluntad de Dios la que se quiere buscar juntos, y no otra cosa. Las decisiones no tienen que ser unánimes. No sólo no hay ventaja en querer a cualquier precio un consenso, sino que una búsqueda de unanimidad aparece como una intrusión, en el discernimiento, de una influencia extraña muy propia para bloquear y ocultar la acción del Espíritu.

Aceptación unánime de una decisión que no lo es

Hay que llevar más lejos nuestra reflexión y comprender que, incluso si la decisión no es unánime y no llegue a serlo a nivel de votos expresados, la aceptación de esta decisión lo será necesariamente. Gilles Cusson explica por qué:

Aunque la decisión no es unánime, su **aceptación** debe serlo necesariamente, puesto que es la voluntad de Dios que se ha aceptado buscar a través de la experiencia comunitaria. Eso significa que no se trata solamente de juntarse a la mayoría (como en buena democracia), sino acceder a la voluntad de Dios hallada a través de una "vía espiritual" (gobierno del Espíritu).

¿Qué otra cosa se puede decir, sino que todos han hallado lo que buscaban, los que han dicho *si* y los que han dicho *no*? Los *no* son tan importantes como los *si*. No hay perdedores, sólo ganadores. El fruto del discernimiento, expresión de la voluntad de Dios, queda para todos como un *si* matizado por un *no*. Por un lado y por otro, no se trata de llegar a tener razón y ganar, sino de buscar juntos la voluntad de Dios. Al principio, todos estaban de acuerdo para mantener esta actitud y esta orientación. Como lo habíamos notado anteriormente, se ve que el consenso no se dio al final del discernimiento, sino que se requiere desde el principio de la actividad. Es la condición fundamental, el absoluto previo, sin el cual el discernimiento espiritual no es posible.

Hacer discernimiento que sea verdaderamente espiritual

Una última advertencia se impone. Al recorrer los documentos utilizados y considerar las prácticas utilizadas en los diversos grupos,

los capítulos, los consejos, no es seguro, aunque se pretenda, que se haga verdaderamente siempre discernimiento espiritual. No se trata de envolver de oración todo el proceso de deliberación para que el discernimiento pueda calificarse de espiritual. En mi opinión, no se va bastante lejos en la deliberación. A menudo falta acogida y análisis de los movimientos interiores. Ciertamente se despliegan muchos esfuerzos de lógica y de razonamiento para explorar a fondo lo que se tiene en la cabeza, para escrutar las razones favorables o desfavorables de la opción sometida al discernimiento, pero se niega o se descarta lo que pasa en el corazón, las reacciones afectivas de cualquier clase que no dejan nunca de acompañar el análisis de las razones. No obstante, es á este nivel de afectividad que el discernimiento, propiamente espiritual, se lleva a cabo. No es nada nuevo constatar que las reglas ignacianas de discernimiento se apoyan sobre las consolaciones y las desolaciones. Los deseos, sentimientos, emociones, impulsos interiores constituyen un lenguaje, un conjunto de signos que no se deben ignorar en el discernimiento. Si estas manifestaciones y estos signos no son acogidos y decodificados en el interior de la asamblea deliberante, no cesarán de expresarse en las márgenes y entre bastidores, y de ventilarse fuera de la experiencia espiritual. No es raro que consensos formales obtenidos o forzados al nivel intelectual se acompañen de muchas perturbaciones afectivas, frustraciones, agresividades, miedos. Se realizará, tal vez, la unión de los espíritus, pero no de los corazones. ¿Se puede hablar verdaderamente de consenso?. El corazón no participa, el acuerdo verdadero no existe puesto que no alcanza al corazón. Las divisiones entre las personas se sitúan a menudo menos a nivel de ideas que al nivel del corazón.

Así pues, el discernimiento espiritual de grupo no puede reducirse al solo proceso, por más riguroso que sea, del análisis racional y de discusión intelectual; requiere de una experiencia propiamente espiritual, es decir, una actividad donde el esfuerzo de búsqueda y de compartir de cada persona se encuentre totalmente sometida, en la oración, a la acción del Espíritu. Muchas influencias, muchos "espíritus" solicitan la libertad de las personas y repercuten en la afectividad profunda. Más que de un análisis social y de un psicoanálisis, se necesita, según la expresión de Jean Guittou, de un *pneumoanálisis* en el discernimiento espiritual para descubrir, en la calidad de la paz y de

la alegría, el acuerdo con el Espíritu y poder decir verdaderamente como los primeros discípulos en la Iglesia primitiva: "El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido" (Hchs. 15,28). He aquí el consenso, que en definitiva, importa asegurar!.

[Tomado de "Cahiers de Spiritualité Ignatienne" CANADA.
83 (julio-septiembre 1997), pp. 178-188].

